



La inflación alemana **Josep Pla**

Crónicas 1923-1924

Prólogo de Josep M. Fradera

Edición de Xavier Pla



La inflación
alemana.
Crónicas
1923-1924

Josep
Pla

Prólogo de Josep M. Fradera
Selección y edición de Xavier Pla
Traducción de Victoria Pradilla Canet

Ediciones Destino
Colección Clásicos
Volumen 28

Título original en catalán: *La inflació alemanya*

© Herederos de Josep Pla, 1981

© de la selección de textos, Xavier Pla, 2023

© del prólogo, Josep Maria Fradera, 2023

© de la traducción, Victoria Pradilla, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

La traducción de esta obra ha contado
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

 **institut
ramon llull**
Lengua y cultura catalanas

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-233-6394-0

Depósito legal: B. 15.182-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

[I]

Más prusificados que nunca

Berlín, agosto.—Toda la vida de Alemania se sitúa hoy bajo este hecho: el Gobierno de Cuno, para mantener la resistencia en la cuenca del Ruhr, ha dado préstamos enormes a los industriales. Con este dinero, los industriales han pagado el jornal a los obreros, y así han asegurado la resistencia pasiva. Estos préstamos se han hecho a largo plazo, a sesenta, a noventa días. No obstante, en el transcurso del plazo para devolver los préstamos, los industriales han hecho que bajara el marco. Ello quiere decir que cuando llega el momento de liquidar los préstamos, el Estado recibe una cantidad nula. Y esto es así no porque los empresarios no devuelvan rigurosamente la cantidad que les ha dejado el Estado, sino porque esa cantidad, en el transcurso del plazo concedido, ha perdido su valor de adquisición. La cantidad prestada tenía, hace noventa días, en el momento de firmar el préstamo, un valor de adquisición, digamos, por ejemplo, de mil, mientras que, en el momento de la liquidación, a duras penas tiene un valor de diez.

Este es el gran hallazgo de la industria alemana. Toda la vida de Alemania en la actualidad está influida por este hecho. Yo pago doscientos marcos al día por mi habitación. El trato lo hice el lunes pasado, es decir, cuando doscientos mil marcos valían dos pesetas. Al final de la semana, liquidaré mi cuenta. Pero al final de la semana se habrá producido un hecho extraordinario. El marco habrá bajado. El sábado, antes de hacer cuentas con el propietario de mi hotel, para tener doscientos mil marcos, habrá suficiente con una peseta. De forma que yo habré dormido una semana entera a mitad de precio.

El propietario de mi hotel, por su parte, también hace lo que puede. Por un lado, el primero de mes pacta el alquiler de su casa con el propietario de esta, y abona el alquiler el día treinta. Por lo tanto, paga cinco, diez, quince veces menos de lo que tendría que pagar, porque en estos treinta días, el marco ha perdido cinco, diez, quince veces el valor que tenía el día uno. Con el personal del hotel, este hombre hace el mismo juego. Pacta el sueldo de los camareros el lunes, y les paga el sábado. En este intervalo, el marco pierde la mitad de su valor, de forma que los camareros le han dado, de forma gratuita, la mitad de su esfuerzo.

Alemania podría compararse hoy con una cadena de gente que se roban unos a otros. Todo el mudo roba por un lado y se deja robar por el otro. Una vida así sería una vida ideal si pudiese equilibrarse lo que uno puede robar con lo que pueden robarle a uno. Pero este equilibrio es imposible. Una gran parte de los alemanes puede robar por un valor de diez, pero en cambio a ellos se les roba por un valor de cien, de mil.

Después de Viena, Berlín es la ciudad del mundo en la que hay más banqueros. Hay un banco en cada esquina. Los bancos solo tienen, en realidad, una ventanilla abierta: la del cambio de moneda extranjera. Ante cada ventanilla de este tipo, indefectiblemente, hay cola. La gente se provee de marcos para las necesidades del día a día. Unos con un dólar, otros con un billete de diez schillings (chelines) y los terceros con uno de veinticinco pesetas. El ideal de esta gente sería cambiar la moneda un segundo antes de comprar algo. El lector ya ha comprendido que la gente que está en la cola es la gente verdaderamente afortunada de Berlín. Esta gente compra el marco según la última cotización y, como el precio de las cosas sube más despacio que el precio del marco, resulta que vive casi gratis. ¡Bienaventurado el que puede hacer cola en los bancos de Berlín!

La gente que puede hacer cola tiene el noventa y nueve por ciento de posibilidades de robar y solo una pequeña posibilidad de ser robado. La gente que no puede hacer cola es la gente de la que hablábamos más arriba: la que puede robar como mucho por un valor de diez, y la que es robada por un valor de cien, de mil. Esto quiere decir que, si Alemania es

una cadena, al final de esta cadena está el que paga los platos rotos.

Así como Hugo Stinnes es el tipo de alemán que no puede ser robado, hay un tipo genérico de alemán que no puede dejar de ser robado. Este tipo genérico es el hombre que vive de un jornal, el asalariado. El asalariado es en Alemania el gran perjudicado. El empleado, el obrero, todo el que alquila una actividad, da, por lo menos, la mitad de su esfuerzo gratuitamente. El lector ya lo comprenderá: los jornales aumentan más lentamente que los precios de las cosas y los jornales están siempre en desequilibrio respecto a los precios. Esto quiere decir que el presupuesto de un asalariado, en Alemania, siempre está en déficit y, por tanto, siempre hay un margen de ganancia sobre la mano de obra, ¡increíble! El juego que hemos explicado que hace el propietario del hotel con sus camareros es la vida misma de Alemania, es algo completamente generalizado.

A menudo, en todas partes, se discute si en Alemania hay miseria. Digámoslo claramente. En Alemania, los ricos nunca habían sido tan ricos como ahora, y los pobres nunca habían sido tan pobres como ahora. El obrero alemán es, seguramente, el asalariado del mundo que lleva una vida más miserable, más pequeña y más llena de estrecheces. En cambio, el capitalismo alemán ha llegado a un grado de actividad turbador, increíble. Las cosas están claras: el sacrificio lo hacen exclusivamente unos en favor de los otros. Y viendo sobre el terreno la cantidad y la calidad de este sacrificio, yo me atrevería a decir que Alemania nunca ha estado tan «prusificada» como lo está ahora. Si no fuese por la queja de *La Bandera roja* (*Die Rote Fahne*), el periódico comunista, que es el único de Alemania que dice la verdad, parecería que este pueblo ha perdido el sentimiento de la moral y de la justicia.

10.08.1923

[2]

En busca de un hombre fuerte

Berlín, agosto.—Este mundo está lleno de contrasentidos: Mussolini tiene Italia llena de fascistas y va buscando hombres con una linterna. En Alemania, los hombres buscan un Mussolini.

Los hombres de derechas, se entiende. Buscan un hombre que les devuelva al káiser o, por lo menos, que les devuelva la sonrisa torcida del *Kronprinz*. Por ahora no encuentran nada. Conspiran, conspiran y no encuentran nada. Hablan, escriben, se mueven, y el Gobierno, creen ellos indignados, es de una generosidad inacabable. Representan el mismo papel que en Francia representa la Acción Francesa. Se comen a los comunistas, cuelgan a los judíos, tienen la aspiración de ser policías y están siempre dispuestos a morir por la patria. Buen oficio este el de ser fascista. Puede usted, lector, estar seguro de que, si no hubiese fascistas, el mundo se detendría. Lo que pasa, sin embargo, es que el nacionalismo francés no es más que un alumno aventajado del nacionalismo alemán. En este aspecto, los alemanes los superan con creces.

En el seno del nacionalismo alemán, como en cualquier otra organización, se establece la división del trabajo. Ludendorff es el gran nombre, el personaje decorativo, el máximo prestigio. Adolf Hitler, de oficio pintor de brocha gorda, es el orador. El capitán Ehrhardt es el hombre de acción, el que va delante. El reverendo Traub es el espíritu religioso, el hombre que aporta a la restauración de la futura monarquía la ayuda de Lutero, convenientemente puesto en solfa, según el gusto de los conservadores de hoy. Junto a este nombre hay otros, como por ejemplo Kurt Neubauer, sirviente de Ludendorff, llamado *die kleine Exzellenz*, o sea, «la pequeña exce-

lencia». Pero los otros nombres no tienen importancia, porque son los que pagan los gastos.

Toda esta gente opera principalmente en Baviera. He aquí los colores políticos del mapa de Alemania: Prusia es republicana y socialista. Baviera es monárquica. Sajonia es comunista. Esto, naturalmente, no es algo absoluto. Prusia es socialista y republicana debido a lo que tiene de industrial, pero es kaiserista y nacionalista por lo que tiene de agrícola. En Baviera pasa lo mismo, y en Sajonia también. Pero, de la misma forma que en Prusia dominan las ideas de la fábrica, en Baviera dominan las del campo. Sin embargo, esto necesita explicarse más: en Prusia, las grandes organizaciones capitalistas son tendencialmente republicanas y socialistas, mientras que en Baviera son tendencialmente nacionalistas y católicas. Ludendorff, en Berlín, tiene poco futuro. Ebert, en Múnich, no es más que un «cerdo del Norte».

¿Qué posibilidades tiene este movimiento? Hoy en día, ninguna. Tanto el movimiento nacionalista como el comunista tienen ante sí ingentes fuerzas de contención. Pero ¿quién sabe qué pasará mañana? Si Alemania se empeña en mantener la resistencia pasiva en la cuenca del Ruhr, este hecho puede llevar al caos. Entonces, pueden darse todas las posibilidades. Si examinamos con cierta atención las manifestaciones nacionalistas, veremos que los que dirigen el movimiento no han desaprovechado las lecciones de estos últimos años. Se observa con claridad que el juego de los conservadores es evitar, precisamente, el ataque frontal al socialismo y que su idea es atacarlo por los flancos. No intentarán en ningún caso —si las circunstancias son favorables— dar un golpe de Estado en nombre del káiser, sino que lo harán en nombre del pueblo. Esta filigrana de simulación la está llevando a cabo actualmente Mussolini con su llamada «política del trabajo».

Sin embargo, las posibilidades del movimiento de hallar un director, un hombre, no se ven por ninguna parte. Se admiten propuestas, pero nunca llegan a materializarse. Ludendorff y el propio Hindenburg —que tiene hoy el plácido cargo de inspector de los cuarteles de la Reichswehr— son hombres, en cualquier caso, postrestauracionistas. Lo prime-

ro que hace falta es un hombre de empuje que abra camino. Después, cuando la monarquía sea reinstaurada, los generales volverán a ocupar su lugar. Su particularismo dinástico los ata de pies y manos. Hitler ya es otra cosa. Hitler es un histérico del nacionalismo. Es un hombre sin preparación alguna, es un botarate, pero a veces tiene golpes geniales y ataca con gran furor, algo —el furor— que en este momento y aquí causa gran efecto, ya que el país está más bien apabullado y alicaído. Hitler es un orador incisivo. Para hablar usa, generalmente, el dialecto bávaro, y sus discursos están llenos de anécdotas, básicamente contra los judíos. «Hay que colgar a un judío —decía hace un tiempo— en cada una de las farolas de Múnich.» En Baviera, país grueso y bromista, estas cosas son las que más le gustan a la gente. Pero me parece que este místico del vocabulario y este imprudente de la frase —más de la frase que del gesto— es un hombre demasiado ingenuo para darse cuenta siquiera de que los hombres deben tener lo que se llama sentido del ridículo.

El capitán Ehrhardt ya es otra cosa. Ehrhardt es el aventurero por excelencia. Ehrhardt se hizo célebre creando con un pelotón de marineros su famosa brigada. La brigada ha sido la tarima de este maestro de golpes de Estado hasta ahora fallidos. Dicha brigada —que hoy está disuelta y cuyos componentes forman parte del ejército regular— era algo fluctuante. Tan pronto estaba al lado del Gobierno como no lo estaba. En los tiempos del golpe de Estado de Kapp, Ehrhardt apoyaba al famoso exdirector general de Agricultura que tuvo, poco antes de morir, la desdichada idea de cambiar el arado por la ametralladora. Hasta hace pocos días, Ehrhardt estaba en la cárcel de Leipzig. Hoy es un pájaro libre. Ha huido de la cárcel. Y eso sí que resulta incomprensible. Quiero decir que no se comprende que los socialistas alemanes... sean tan poco socialistas. Que un preso huya de la cárcel puede comprenderse en cualquier lugar del mundo, menos en Alemania. No. En Alemania, donde la organización es una sinfonía, un preso puede hacer cualquier cosa menos huir de la cárcel. ¿Que Ehrhardt en la prisión lo único que hacía era pasar el rato? Esa es una opinión perfectamente

subjetiva. Todos los síntomas son que el mundo podrá volver a hablar de Ehrhardt, y quizá largo y tendido.

Los socialistas luchan contra toda esta gente mediante la utilización del ridículo. Noske, socialista, nunca angelical, sino sanguinario, según dicen, ha escrito hablando del golpe de Kapp: «Con una docena de ametralladoras hubo suficiente para que todo saltara». Pero esto aún es polémica, esto es seriedad. Se empleó otra cosa. Cuando los nacionalistas se mueven demasiado, los periódicos socialistas publican unas cuantas cartas del *Kronprinz* a las modistillas que un día le hicieron perder la cabeza. Eso está bien. Tratar de tú a la historia es recomendable. ¡Les aseguro que es como para no perderselo!

14.08.1923